

Sobre la Palabra Perdida

por

Jorge Norberto Cornejo

Uno de los términos esotéricos más frecuentemente utilizados en Masonería es el de “*La Palabra Perdida*”. Usualmente, se interpreta como la Palabra Sagrada del tercer grado, utilizada antes de la muerte de Hiram, y después de esta reemplazada por la *Palabra Substituta*, una especie de “sombra” de la Palabra Verdadera. Es habitual asociar la Palabra Verdadera, que ahora se considera “perdida”, con el nombre hebreo de la Divinidad, cuya correcta escritura y pronunciación se perdieron con el paso del tiempo. Aquí, sin embargo, hay una contradicción, ya señalada por otros autores: en la época de la construcción del Templo de Salomón, el sacerdocio hebreo conocía perfectamente la pronunciación del Nombre Divino y, de hecho, anualmente el Sumo Sacerdote ingresaba al Santo de los Santos y, ante el resplandor de la Shekinah, frente al Arca de la Alianza, pronunciaba ritualmente el Nombre. Por lo tanto, si hablamos de una Palabra “Perdida” estamos hablando de algo básicamente diferente¹.

Cuando intentamos profundizar en el simbolismo de la Palabra Perdida, lo primero que se destaca es que el significado de este término parece “perderse” (y la constante aparición de este vocablo no es, por cierto, casual) en multitud de sentidos, en una plétora de significaciones, en una polivalencia de referencias simbólicas que no siempre parecen tener correspondencia entre sí. Es como si la “Palabra Perdida” fuese una idea arquetípica que se expresa en numerosos planos y niveles de comprensión, como si fuera un hecho primordial, trascendente al tiempo y el espacio profanos, que se manifiesta en distintos casos particulares, en diferentes fenómenos, en variadas situaciones.

A todos los masones resulta conocida la tradición que afirma que el Universo fue creado por la emanación de una Palabra, pues “*En el Principio era el Verbo*”². Esta Palabra, este Verbo, este Logos, se perdió en el mismo momento en el que fue emanado. Con la emanación (término mucho más preciso que “creación”) del Universo, la Unidad se disipó en la Multiplicidad. La simplicidad originaria del sonido primordial, de la Palabra Verdadera, dio paso a la inagotable complejidad de la multiplicidad. La absoluta paz y quietud de lo Inmanifestado, “*el infinito Vacío de profundo Silencio*”, fue reemplazada por la lucha constante, por la vida y la muerte alternándose en lo Manifestado. He aquí la primera paradoja: la pronunciación del Logos fue, al mismo tiempo, su pérdida.

¹ Ver R. Guénon, “Palabra perdida y nombres substituidos”, incluido en “*Estudios de la Masonería y el Compañerazgo*”.

² Esta frase, como todos sabemos, es el primer versículo del Evangelio de San Juan. Aquí, por supuesto, no nos interesa su significación religiosa, sino su profundo sentido esotérico. De hecho, el Rito Escocés puede incluirse dentro de la denominada “tradición juanítica”, estrechamente asociada al gnosticismo. Al respecto, recuérdese que un símbolo muy frecuente en el Rito es el águila, que es, al mismo tiempo, el emblema del evangelista Juan, comparado con el águila por haber volado más alto que los restantes escritores evangélicos. El águila, por cierto, figura en el escudo de armas del Caballero Ramsay, que se muestra al final de este trabajo.

Algunas mitologías antiguas decían que el Universo nació como resultado del sacrificio del Ser primordial, que entrega su Unidad fragmentándose en la multitud infinita de galaxias, mundos y estrellas. Esta pérdida de la Unidad es, entonces, la primera *Pérdida de la Palabra*. Primera de una larga (no sabemos si interminable) lista de pérdidas y recuperaciones, de nuevas pérdidas y de sustituciones temporales, de una espiral en la que cada pérdida está representando, en sí misma, el acto creativo que denominamos la emanación del Cosmos.

Pérdida que ha sido representada de diversas maneras. La ocultación del Grial, la “lanza perdida” de la que hablan algunos Rituales martinistas³, etc., expresan esencialmente el mismo significado.

¿Debemos lamentarnos por esa pérdida? Ciertamente que no, porque sin ella el Universo no existiría. ¿Está perdido definitivamente el Verbo, el Logos? No, y es trabajo del ser humano descubrirlo en la lógica de las Leyes Naturales, en el orden que se advierte en el Cosmos (término que, en sí mismo, conlleva la idea de Universo ordenado, es decir, estructurado), en las series de seres que se transforman en la evolución. Los modelos del Universo que, desde la ciencia, la filosofía o el esoterismo elaboramos, y que sin cesar caen y son reemplazados por modelos mejores, son auténticas *Palabras Substitutas*, verbos parciales que revelan algunos aspectos del Logos primordial, y olvidan otros. En realidad, entonces, no deberíamos decir que la Palabra (el Verbo, el Logos) está realmente *perdida*, sino más bien que está oculta u olvidada, que la Palabra creadora, una vez cumplida la emanación, se hizo silencio, pero un silencio que puede finalmente ser conocido, un silencio que algún día será audible. Recuerdo un hermoso símbolo del Rito Escocés Rectificado, en el que, en un primer plano, se ve una columna rota. Pero en la misma imagen se lee, en latín, “*Sigue en pie*”. La Palabra se perdió, pero aún continúa vibrando. Los Templos, los símbolos masónicos, *gritan* esta Palabra, pero a la vez permanecen en silencio.

La Naturaleza, a la vez, vela y revela esta Palabra, este Verbo. Louis Claude de Saint Martin, el Filósofo Desconocido, que tanto despreciaba el mundo material, tuvo igualmente que reconocer que “*todo hecho físico revela alguna verdad intelectual*”. La multiplicidad de los entes, cosas y seres nos oculta la Unidad primordial y fundamental, pero es a través del conocimiento de esta multiplicidad que reconocemos nuevamente la Unidad. Y esta Unidad era, en el principio, inconsciente. Cuando la Unidad sea recuperada, lo será en consciencia, y el Universo se habrá conocido a sí mismo. Alguna vez se dijo que “*somos los ojos y los oídos del Cosmos*”, y esto expresa plenamente lo que intentamos presentar.

Por ello, no solamente el ser humano busca, consciente o inconscientemente, la Palabra Perdida, sino que la Naturaleza en sí misma también busca recuperar esta Palabra, eco de la Unidad original, y busca recuperarla a través de la consciencia del hombre. Por eso se equivocan quienes tildan a la especie humana de “pecadora” o “esencialmente corrupta”, quienes hablan de una naturaleza irremediabilmente corrompida: la consciencia del hombre es, por el contrario, el lugar privilegiado en el que *el Cosmos se reconoce*. La Cábala dice que el Universo fue emanado para que “*el Rostro pueda contemplar al Rostro*”; tal

³ Véanse los Rituales martinistas publicados por Teder.

contemplación se alcanza, efectivamente, a través de la autoconsciencia de los seres vivos más evolucionados.

Las analogías que pueden trazarse son prácticamente infinitas. La Naturaleza se ha comparado con la Tumba de Hiram, o con la de Osiris, en la que yace, oculto, el cuerpo del Arquitecto. Pero lo que oculta incita a la búsqueda, lo que detiene las obras genera el movimiento, y es tarea de los seres humanos *abrir* esa tumba, encontrar lo que se halla en su interior, revelar su sagrado contenido, aparentemente perdido. Se trata, por lo tanto, de una tumba llena de vida, a la que, en realidad, sólo es nuestra ignorancia la que puede calificarla de sepulcro.

Por otra parte, como todo arquetipo, la *Pérdida de la Palabra*, que aquí hemos referido al origen del Universo, puede hallarse en otros planos y niveles de significación y comprensión. Un ejemplo de esto es la misma Masonería. A partir del germen inicial, de la Unidad conformada por la primera Gran Logia de 1717, la Masonería se diversificó en una multitud casi indescriptible de Ritos, órdenes y sistemas. Un caos, una gran confusión se desató a partir de la obra de los fundadores de la Gran Logia de Londres, hombres que, por cierto, seguramente estaban completamente ignorantes de lo que iban a provocar. Los Rituales se multiplicaron y se volvieron incoherentes entre sí: lo que un Rito toma como Palabra de Pase otro lo toma como Palabra Sagrada, los signos y toques de reconocimiento se diversifican y confunden y, lo peor de todo, los Ritos ya no pueden comunicarse entre sí y, como no se comprenden, se descalifican mutuamente. En síntesis, esta *gran multiplicidad masónica*, esta verdadera Babel, esta imposibilidad de hallar un lenguaje común es, en sí misma, una *Pérdida de la Palabra*.

Pero aquí ocurre lo mismo que lo que decíamos a propósito de la Naturaleza. La increíble variedad de Ritos y sistemas masónicos ofrece al investigador la oportunidad de *cavar profundamente* (recordemos el simbolismo del grado 14^o⁴) en los mismos y hallar la unidad fundamental que los corona y caracteriza. De esta forma, la multiplicidad deja de ocultar a la unidad y, además, la enriquece. Así como Isis recorría el mundo entero buscando los fragmentos de Osiris, así el investigador busca la Palabra en todos los Ritos y, progresivamente, reconstruye el Verbo aparentemente perdido. Se trata, entonces, de poner en práctica el gran lema: *Reunir lo disperso*, y así poder volver a pronunciar la Palabra.

⁴ Veáanse los Rituales de este grado, en la actualidad lamentablemente muy mutilado.



***“Verbum Dissimum Custodicit Arcanum”*: La Palabra Perdida custodia el arcano,
obra de Alain Crozier**

La Palabra Perdida, el Verbo, se ha comparado con la Sabiduría, entendida esta en el sentido gnóstico, es decir, como la Divina Sophía. La palabra latina *Sapientia* expresa mejor el sentido del término Sabiduría, para diferenciarlo de la forma vulgar de concebir el conocimiento. Recordemos que *Sapientia* es uno de los lemas del grado 33°, y la *Sapientia* es, entonces, el objetivo perseguido por la búsqueda, por la *queste*, que es el Rito Escocés en sí mismo. Nos equivocamos, por lo tanto, si creemos que la Palabra Perdida se recupera en tal o cual grado: todos los grados no son más que Palabras Substitutas, aún el mismo Rito Escocés y la Masonería en su conjunto son una gran Palabra Substituta con la que accedemos a una sombra de la Palabra Inefable: la *Sapientia*, meta final de nuestros trabajos, trasciende al Rito, a la Masonería y a cualquier sistema simbólico que los seres humanos podamos elaborar. De donde se deduce que las disputas, controversias y enemistades entre Ritos provienen, básica y fundamentalmente, de la ignorancia.

No creamos, por cierto, que el arquetipo de la Palabra Perdida se expresa pura y exclusivamente en cuestiones asociadas a la Masonería o aún al esoterismo en general. Podemos encontrarlo en todas las facetas de la vida humana, tanto social como individual. Cuando, por ejemplo, con la extensión del cristianismo se perdió temporariamente el conocimiento poseído por el Mundo Antiguo, la Palabra verdaderamente se perdió, y Europa se sumió en la obscuridad medieval. La religión cristiana, por su parte, en sus distintas variantes y confesiones, ha perdido la Palabra hace mucho tiempo. Sus rituales han sido vaciados de significado; se repiten, pero no se comprenden.

Finalmente, todos nosotros hemos experimentado, en nuestra propia vida, esos momentos en los que todo, dentro y fuera de nuestro ser, se derrumba y se vuelve vacío e insignificante. ¿Quién no ha experimentado algún instante en la que todas las creencias, o las convicciones, que habíamos sostenido, se hacen trizas y dejan de importarnos? O bien, ¿existe alguien que no conozca la sensación de que una relación personal, otrora muy valiosa, se rompe para siempre? ¿O que un proyecto que trazamos con cuidado y planificamos al detalle se derrumba por una circunstancia inesperada? En esos instantes, Hiram muere, es asesinado en nuestro interior. Hemos perdido la Palabra, los trabajos de nuestro Templo se han detenido. Pero, si tenemos fuerzas, es en esos mismos momentos cuando iniciamos la búsqueda, la *queste* del Grial, para revivificar el cuerpo de Hiram, para recuperar la Palabra Verdadera⁵, para volver a hallar los significados que habíamos perdido.

Recuperar *una* Palabra⁶ (nunca nos atreveríamos a decir *la* Palabra), es reordenar al Caos, transformarlo en un Cosmos. Es encontrar una estructura donde previamente había un conjunto de elementos sin relación. Este hecho, este acto de re-encontrar una Palabra, tiene un nombre: *inspiración*. Y esta llega desde adentro, cuando nuestro propio pensamiento se ordena y encuentra un significado, o aún desde afuera, cuando las palabras de otro nos dan la clave para re-encontrar una de nuestras Palabras. Entonces, todo se vuelve claro; no entendemos por qué antes no entendíamos. Encontramos la Columna de la Belleza que sostiene el Santo de los Santos, porque la Palabra, al ordenar, al otorgar significado, otorga Belleza.

En los rituales masónicos todo es, esencialmente y en último análisis, una continua búsqueda de la Palabra Perdida. De hecho, uno de los momentos culminantes del Ritual de Apertura, en cualquier grado, es la apertura (y la repetición de las palabras no es casual) del Libro, del Volumen de la Ley Sagrada. El Libro contiene la Palabra, la concreción del Verbo. Una Logia abierta es un Libro abierto, en el que todos los símbolos son substitutos de la Palabra Perdida. El Libro abierto es la Logia abierta, y sus palabras son símbolos que pretenden vehiculizar la Palabra. Por lo tanto, *trabajar con los símbolos es trabajar con la vida*. Abrir el Libro es permitir que el Logos se exprese, que vibre en la Logia. Hasta el mismo vocablo Logia remite a Logos, y este a su vez al Verbo, a la Palabra.

Tomar la Palabra en la Logia no es un acto trivial, ni un mero ejercicio parlamentario. Todo lo que en la Logia se *habla*, se *dice*, es un intento, consciente o no, de recuperar la Palabra Perdida. Todo acto llevado a cabo en una Logia es parte de la búsqueda de la Palabra. Todo en la Logia es *palabra*, porque todo, lenguaje, gestos, signos, símbolos, cumplen la función de la *expresión*.

⁵ La asociación de la Palabra con la “Verdad”, en el sentido más profundo de este término, es una constante en todas las tradiciones esotéricas. En la Cábala, por ejemplo, una invocación relacionada con la séfira Hod dice: “¡Ser resplandeciente, cuyo *Nombre* es *Verdad!*” Del mismo modo, hacemos notar la relación del Verbo, la Palabra, con la Luz. Refiriéndose al Verbo, el Evangelio de San Juan dice: “*En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*”. Finalmente, digamos que en la Cábala se dice que el Tzadik, el “*hombre justo*”, es aquel “*cuya Palabra es siempre Verdadera*”. Y aún más: podemos agregar que la permutación de Mashiaj (Mesías) es *shem jaim*, es decir, el “Nombre Viviente”.

⁶ En la Cábala, la Divinidad a veces es directamente referida como *Hashem*, es decir, *El Nombre*.

En este mismo orden de ideas, es muy interesante el Ritual de Apertura del grado 33°, cuando se dice que el Supremo Consejo se abre “cuando se ha dado la contraseña” o, en forma aún más significativa “cuando la Palabra de Orden haya sido dada”. El Ritual, por lo tanto, indica que el Supremo Consejo se abre después de darse “la Palabra”, y por lo tanto la ceremonia de Apertura intenta reproducir el origen del Universo, origen que, metafóricamente, podemos pensar que es el “Ritual de Apertura” del Cosmos. Que la “Palabra de Orden” (la que, valga la redundancia, *ordena*, estructura, da forma y significado) se de en el grado 33°, último y más elevado del Rito, no es, por cierto, una casualidad.

En síntesis, el camino iniciático es un camino de *construcción* o, mejor dicho, de *re-construcción*. Símbolo a símbolo, palabra a palabra, ladrillo a ladrillo, el edificio se reconstruye, hasta que al fin el edificio se completa, y la Palabra se recupera, para volver, ¿quizás? a perderse una vez más... Me viene a la mente el símbolo indio del origen y del fin del Universo, como el aliento de Brahma, que en cada expiración emana el Cosmos y en cada inspiración lo destruye. Al fin y al cabo quizás la Palabra Perdida sea precisamente eso: el aliento de la Unidad, perdiéndose y encontrándose rítmicamente, cíclicamente, a través de los eones.



Escudo de Armas del Caballero Ramsay